

Sobre Svetlana Alexievich. Antes de todo, la memoria (O de cómo una periodista rusa (¿ucraniana?) atrapa lo que no se quiere decir y es imposible de olvidar).

He visto a un hombre cuyos ojos enterraron su propia casa. (Se levanta y se aleja hacia la ventana). Quedó solo una tumba recién cavada. Un gran cuadrado. Enterraron su pozo, el huerto (Calla). Enterrábamos la tierra.

Svetlana Alexievich. Monólogo de un testigo al que le dolía una muela cuando vio a Cristo caer y gritar de dolor.
Voces de Chernóbil

Tienes que confiar un poco en la gente.
Woody Allen

Un preámbulo

Vivimos tiempos de silencio porque se silencia lo esencial. Se habla de fútbol y de goles, de movimientos de bolsa que ponen en peligro las acciones de las empresas y los inversionistas, de gente que batió un record al comerse treinta hamburguesas, de políticos que en lugar de ideología tienen puntos en las encuestas, de mujeres aburridas que viven de los réditos que da el divorcio, de hombres y mujeres que cometen delitos y burlan la justicia, de inmigrantes que se ahogan en alguna costa y les toman fotos para algún periódico amarillista. Y en este juego de información sin análisis, mezclado con anuncios de felicidad si compramos el último modelo, de promesas de crecimiento personal si hacemos un curso de *coaching*, de más cuerpo si vamos al gimnasio, de ser más inteligente si nos convertimos en robots, de existir si hacemos parte de una base de datos, de cambiar de cuerpo anexándole prótesis que se vean seductoras, nadie habla de lo que le está pasando al hombre. O de lo que le ha pasado y al pasarle ya no está en

Memo Ángel

Comunicador social y doctor
en Filosofía de la UPB.
Profesor investigador
y escritor.
Memoanjel5@gmail.com

estado de humano, sino de cosa. Porque el hombre pareciera no existir en lo que es y se lo ha reemplazado por la ilusión, el deseo y una carrera enloquecida cumpliendo con índices de gestión.

Algunos filósofos como Byung Chul-Han (coreano que representa hoy la filosofía alemana de vanguardia) y Nuccio Ordine, que trata de buscarle utilidad a lo inútil (lo que antes nos hacía humanos), emergen de entre este mar contaminado por lo *light*, que degrada al hombre convirtiéndolo en mero ruido cuando se mueve y habla, pero sus libros chocan contra los avisos de neón. Suenan sus palabras y advertencias, pero se las mira como a seres peligrosos. Eso que dicen podría ser alguna enfermedad. Igual que es peligroso Zigmunt Bauman con sus teorías sobre lo líquido, ese espacio que ha hecho que los valores, que antes eran sólidos, fluyan en desorden y al fin se sequen en alguna parte o se pierdan en una alcantarilla.

A esta gente que piensa sobre lo que está pasando (que habla de sociedades cansadas, de amores que se disuelven en el mundo de la productividad, de gobiernos que engañan y de asuntos que afirman la superioridad de la ciencia sobre lo humano), se la etiqueta: no hacen parte de lo moderno, son nostálgicos, hablan de sus problemas personales. Más les valdría vestir bien, aparecer en los cocteles y conseguirse una pareja que les dé un escaño en el mundo de los famosos: fotos, intimidad permeada por el voyerismo, viajes desmesurados en cruceros y, si es del caso, salir de clóset para reconocer su sexualidad escondida y ponerla en la rueda de atracciones. Imagino a Noah Chomsky en estas: tanta crítica y solo era libido torcida. Porque, para el sistema, son pensadores que molestan y sería conveniente igualarlos por lo bajo. Y es que se legitima estar en lo bajo: oscurantistas, idólatras, viviendo solo el día y sin noción de que estamos vivos. Ser como objetos en vitrina, esta es la propuesta, estaríamos mejor: cada uno en sí mismo convirtiendo los medios en fines: más dinero, más reconocimiento de cara en revistas y la persistencia en una sexualidad a la que hay que ayudarle con fetiches y pastillas, cuando no con emociones fuertes que degraden, pues la libertad (este asunto que confunde al sistema) hay que convertirla en libertinaje, en desahogo, en ridículo, en asuntos como mi revólver es más grande que el tuyo. Y ahí vamos.

Pero no vamos

Detrás de la máscara está la realidad. Y esto real que se trata de negar, que se cubre con criterio de espectáculo, está ahí, tiene un lugar y, por más que se diga que no, el asunto es sí: la tierra está descompuesta y esta descomposición nace de hombres descompuestos que habitan la codicia, la envidia y el rencor; seres tristes (a veces con poder) y actitud servil (cree

en la mentiras de otro, en peor estado pero mejor armado) que quieren ser otros y tratan de olvidar lo que la memoria les pone permanentemente en frente, como bien explica Patrick Modiano en sus libros. Hombres y mujeres que huyen y, en la huida (van creyendo estar vacíos), destruyen.

Y en este no ir, aparece Svetlana Alexievich, denunciando. La Premio Nobel de literatura 2015 es la primera periodista a la que se reconoce con el premio. Con un premio que le se daba a escritores pero que, desde Albert Camus y Elías Canetti, lo reciben los que denuncian lo que pasa y sigue pasando. Y no porque lo piensen o ficcionen, sino porque lo han vivido en situación límite y, cuando un hombre vive una situación que lo compromete como humano, esta situación es ya una realidad inevitable. Está ahí y, por más que se la mienta, crece igual que las pestes, primero algo allí, luego allá, y finalmente en todas partes. Nada que sea límite (lo atómico, por ejemplo) es en condición de hecho único. Los prospectivistas lo saben. Y en la prospectiva de la tierra que habitamos, lo que se hace en ella nos compromete a todos, nos inserta a todos, entra en todos y ya no se va de ahí. Somos recipientes y contenedores de lo último que nos pasa.

El siglo XX fue el más peligroso de la historia: se contaminó el ambiente, nos matamos como nunca se había hecho, nos corrompimos peor que en los tiempos más delirantes de Roma, la ciencia dejó de ser una investigación sobre los contenidos de la naturaleza (lo que nos haría más sabios) y la convertimos en tecno-ciencia (lo que nos ha hecho más peligrosos y sospechosos), la mentira campeó en la propaganda y los nazis ganaron después de todo, sembrando muy profundo su ideología (aun entre los comunistas): gente igual, miedo a todas horas, números en lugar de nombres, índices de productividad en lugar de crecimiento humano, listas en las que existimos o desaparecemos, trabajo continuo y rendimiento pobre, franjas grises (en las que las víctimas colaboran con los victimarios) como descubre Primo Levi, etc. Siendo este etcétera un algo mutando en las que, siendo crédulos, ya dejamos de ser creíbles para nosotros mismos.

Un siglo del que logramos salir, mal parados, pero sublimando en el consumo y con la evidencia de que de seguir así, como dice el tango, ya no va más. Y no va más porque estamos perdiendo humanidad mientras destruimos la tierra en nombre de un progreso que nos anula como humanos. Y de existir los extraterrestres, seríamos muy extraños a sus ojos (en el supuesto que los tengan): somos la única especie que destruye su propio hábitat. En otras palabras: queriendo tener más, somos menos vida cada vez. Y más miedo, para que la poca vida que resta vaya perdiendo sentido. Porque en el miedo solo existe la confusión y el caos¹, el futuro corto y una enorme desconfianza hacia el otro y, como resultante, en nosotros, porque lo que va viene, es una ley como la gravitacional.

1 El desorden como pérdida del método.

Lo visto y lo oído

En el siglo XX (que es el que construye el 21), se vio y oyó mucho. Y todo se documentó con fotografías, filmes, libros y sonidos para que la memoria fuera esa y no otra, pero a esto se respondió con encubrimiento: lo que se vio y oyó se trató de cubrir con la propaganda, con la calumnia, con el revisionismo intencionado² y recortando los saberes sobre historia y geografía³, los de sociología y política. En términos de Patrick Modiano, mucha gente comprometida, muchos viviendo la guerra después de salir de ella. Sin embargo, las voces de lo visto están ahí y no importa qué tan bajo tierra estén, afloran cada tanto. Hay hombres y mujeres empeñados en no dejar hundir lo que pasó. Y su tarea no es morbosa, es humana. Aprendiendo de lo peor, aprendemos a no hacerlo más.

En 1960, nace en Argentina el nuevo periodismo, como respuesta a que algo pasa detrás de los informes oficiales. Es una mezcla de lenguaje literario con información real de fondo, de palabras simples y exactas que narran lo que pasó con reflexiones que sacuden. Y ese nuevo periodismo denuncia y crea opinión que desobedece a las dictaduras, sean políticas o económicas. Es un asunto peligroso para un sistema que trata de mantener una idea de democracia aumentando la información (las agendas con demasiados datos) y desviando el análisis, que es el real contenido de lo que hay detrás del dato. Pero el asunto peligroso resiste y son los periodistas y los escritores-periodistas, los que desnudan eso que trata de cubrir el sistema. Y así se hizo:

Rodolfo J. Walsh, escribe *Operación Masacre* y *¿Quién mató a Rosendo?*, dos testimonios que le valieron aparecer en la lista de desaparecidos⁴ en la dictadura de Videla, en Argentina. Como la verdad no pudo desaparecer, los ejecutores de Walsh creyeron que desaparecería anulando al que la dijo. Fue un trabajo en vano: las verdades no se mueren, se mantienen en el tiempo. Tom Wolfe, autor de *La hoguera de las vanidades* (una denuncia de los altos estratos en los que se aparenta y se miente sin parar), dice matar la novela y pone por encima de ella a la realidad. Y escribe *Emboscada en Fort Bragg*, un relato en el que habla de un soldado homosexual, matado a patadas por sus compañeros. Lo que sigue es un enorme show sobre las enfermedades y las apetencias sexuales. Pero el asesinato está y los asesinos también.

Gay Talese escribe una crónica de New York a partir de los gatos⁵. Lo que son los gatos son la gente que los cría, el por dónde se mueven son el movimiento de sus dueños, el qué comen son los índices de lo doméstico (con sus contaminaciones incluidas) y el pensamiento que está ahí, en el gran apartamento o en el sótano, se refleja en el quehacer de los gatos, animales estos que resisten grandes dosis de radiación y de abandono. Y entre sus muchas crónicas, Talese escribe una sobre los inmigrantes

2. Que la historia sea otra y no la que fue. Que la geografía se confunda con desarrollo y no con la explotación desmesurada de recursos para el ejercicio de la tecno-ciencia.

3. Como hoy pasa en la educación.

4. Desaparecido: eufemismo de asesinato sin la prueba del cadáver.

5. Aparece en Fama y oscuridad.

italianos que se equivocaron de país: *Los hijos*. Había que hablar de esto: de los perdedores de sueños.

Ryszard Kapuscinski habla del África que no se ve en las enciclopedias ni en las guías de turismo, de lo terrible que es habitar el olvido de los dioses y entre la muerte porque sí, como si los hombres se hubieran envenado y su tarea fuera acabarse de envenenar más con el asesinato, la expoliación, la violación y el sueño ya no en una sociedad, sino en una metralleta y en una dosis doble o triple de cualquier anfetamina. *Ébano* son muchas historias de ojos abiertos, lenguas secas, gente que le huye a la memoria reciente y que trata de hacerse con trozos que no unen bien. Y en esa pócima maléfica, flota algo de belleza. No hay que dejarse morir del todo, hay que resistir.

Y podríamos seguir con las voces de los que hablan por los desaparecidos, los inmigrados a la fuerza, los que ya no tienen nada y vagan por ahí, los que ya no fueron más y los que quedaron con la boca seca. Con la voces que acumulan los libros de Robert D. Kaplan en *Los fantasmas de los Balcanes*, las de Norman Mailer que cuentan sobre *Los desnudos y los muertos*, las de Aleksandr Solzhenitsyn que tratan de darle vida a los presos de los Gulags rusos; con las de Martín Caparrós que ahora no tienen que comer y miran al animal carroñero que espera pacientemente para roerle los huesos, las de Tomás Eloy Martínez que le hacen gloria a una momia (la más linda del mundo, dijeron), las de Truman Capote al lado de una Marilyn Monroe corroída por las dosis mortíferas de la fama, las de Erich Hakl que se pregunta qué matan en el que matan, las de Reinaldo Spitaletta que busca lo que hay detrás del tango, las de Amos Oz que gritan en el desierto, las de Patrick Modiano que se buscan en ellas mismas para saber quiénes son y buscan saltar en cualquier vacío en una calle de París. Y las voces siguen, están en los muros y en los cuadernos, en los ojos que vieron y las orejas que oyeron. Y en ese ver y oír, que las voces suenan y tienen forma, producen un sonido y se están moviendo, está Vasili Grossman que en *Vida y destino* y en *Todo fluye*, habla de la guerra: voces de hombres y mujeres en medio del conflicto. Voces tristes y alegres, voces de vencidos y vencedores (todas aterradoras), de agonizantes y de muertos, de gente antes de fusilar o de ser gaseada, de ciegos que tratan de decir qué oyeron y tocaron y de mudos que escriben lo que vieron. La voz es lo único que queda de un hombre. En resumen, somos una palabra, la última.

Svetlana Alexievich le da la voz a la tierra y después ya no se sabe más

“Ya no me va a callar nadie”, dijo esta periodista bielorrusa, Premio Nobel de Literatura 2015. Y lo dijo porque en sus libros están las últimas voces, no

sé si las del fin del mundo. Voces que son las postreras, las que faltaban por oírse, las que ya lo señalan todo, incluyendo las raíces del engaño y las deformaciones de la ensoñación. Y así el periodismo (que ha caído en buena parte en lo *light* para que se sueñe más y nos enteremos menos de lo que pasa), con Svetlana Alexievich, responde a lo que se le querido quitar como medio: crear una opinión que valga la pena, que se discuta en las academias y en la calle, en la casa y aún entre los niños. No se trata de darle gusto al sistema, se trata de desnudar el sistema y ver lo terrible que contiene, las mentiras que acumula y los delirios que lo corroen destruyéndonos también a los demás. Y al hablar del sistema estamos hablando de nosotros mismos, de nuestra capacidad de autodestruirnos creyendo que somos únicos y no una creación de lo demás. Somos hijos de la tierra y lo que le pase a ella nos pasa a nosotros. D's no se opone a que se piense así.

El siglo 20 fue el siglo de las voces y el 21, el que quiere callar las voces a partir de la robotización: un hombre que no habla, que solo produce, está en el ranking y después desaparece del mundo al ser reemplazado por otro más competitivo y obsesionado por el trabajo tipo hámster. ¿Qué puede decir quien nunca supo que estaba vivo? Porque la vida es una confrontación, una pregunta y una respuesta. Y esa respuesta contiene lo que se vivió y se dejó de vivir. Y esa respuesta-pregunta es la voz que no para de decir que algo ha pasado y algo nos está pasando.

El mundo son las voces: la palabras crearon la tierra y los cielos, pues lo que había en esos espacios hubo que nombrarlo, situarlo, relacionarlo y al fin definirlo. Y esas voces, que hablan todas las lenguas, son lo que vemos y entendemos. Y hablan en el hombre urbanizado y en el campesino, que al estar más ligado a la tierra entiende las voces de los seres no nombrados y que no por carecer de nombre están en silencio. Ellos hablan cuando se los observa con detenimiento. Y nos dicen lo que debimos hacer.

Habló el hombre, que traicionó a la vida escapándose de ella, como si la vida fuera solo un asunto de él y no de otros. Hablaron las lombrices cuando se hundieron en la tierra porque se enteraron antes de la fuga radioactiva, igual que las abejas cuando dejaron sus panales. Algo dijeron los pájaros que se quedaron ciegos y se estrellaron contra los parabrisas de los autos y los gatos cuando decidieron comer pepinos y tomates. Habló la tierra contaminada por la radiación, el aire contaminado, el agua contaminada, la manzana de piel roja que acabó conteniendo veneno adentro (como en el cuento de Blanca Nieves y los siete enanos). Todo habló antes de morir o de matar. Habló lo que era bueno y ya, por la acción del hombre, fue malo. Y esto es lo que escribe Svetlana Alexievich, porque al escribir ya es una voz que no se apaga.

El periodismo trabaja con palabras. Y el periodismo escrito con palabras que ya no se van, que se vuelven memoria precisa (así sea de la mentira), que resisten el tiempo y no permiten el olvido. Lo diario, la vida de todos los días, la más simple que es la que mejor se siente porque no busca explicaciones en lo que pasa, sino que vive y en ese vivir lee cada cosa y cada asunto, lo que es inevitable, lo que se pudo evitar, lo que fue y ya no es, es la voz del periodista, que a veces se pregunta por qué los animales con el cerebro más pequeño tienen más entendimiento de lo peligroso (¿son más sabios, respetan más la vida?), como pasó con las lombrices, que percibieron que algo raro pasaba antes de la explosión del reactor número cuatro y se hundieron en la tierra sin preguntarse más. Acción reacción en una vida inteligente.

Y otra pregunta: cuando el hombre trata de salvarse, ¿por qué no salva la vida que es lo que lo hace posible? Esta es una pregunta, entre tantas, que se hace Svetlana Alexievich, y las voces le responden: la estupidez de la supuesta autosuficiencia y la autodestrucción que va con nosotros cuando no admitimos que un árbol está por fuera de nuestro alcance, que una hoja pequeñita no la podemos hacer, que el día es quien llena de imágenes los ojos y la noche lo que nos permite intuir. A la vida que está ahí, que es el agua y el aire, los vegetales y los animales que propician la cadena alimentaria, no la escuchamos. La vida apareció antes que nosotros y desaparecerá después de nosotros. Y será vida en orden. Si desaparecemos nosotros, no desaparecerá la naturaleza, como dice Baruj Spinoza. A lo sumo desaparecerá el concepto que teníamos de ella, que por lo visto estaba mal entendido porque la estamos destruyendo. Aunque ella (la naturaleza) no se destruirá. Es el *conatus* spinociano: persiste en ser ella, en sostener sus órdenes, en tener raíces, dar flores y frutos, morir por un tiempo y volver a renacer. Pero nosotros, después las *Voces de Chernóbil*, no hemos entendido bien el mensaje. Nos enloquecimos buscando honores, emociones fuertes, dinero, y llega un momento en que nada de esto sirve. O sí sirve de algo: fue lo que nos borró. Y no habrá quien dé este testimonio.

Con Svetlana Alexievich habla la tierra. Son las últimas voces. Las de los que esperan morir (la carga radioactiva es tan fuerte que solo la muerte es un salirse de lo que pasa), las de las que ya murieron y dejaron como recuerdo una medalla, un documento sobre su heroísmo y una bonificación de 70 euros por la labor cumplida; las de los animales muertos de un tiro en la frente y las de los animales contaminados que se reproducen creando mutaciones raras (ya no temen a los hombres, por ejemplo); las de las plantas que antes se comían y ahora no pueden comerse, las del agua que se bebía y ya es un peligro beberla, las del cielo que es azul pero debajo del azul contiene un aire venenoso, la de las casas vacías que fueron saqueadas por otros que vendieron lo robado y así se esparció la radioactividad entre

los reduccionistas y sus clientes; las de los científicos que creen ahora en brujerías. Pero la voz más fuerte es la de la tierra. De todo lo que pasó en Chernóbil la tierra queda y no como un desierto, sino muy bella a los ojos y de lejos. Y así esa tierra haya sido removida para enterrar la superficie (en el vano intento de que la radiación quede abajo y encima una gravilla que sigue contaminando), la tierra habla: ella lo da todo, sobre ella vive la vida orgánica, bajo ella está lo necesario para que la tierra sea la que es. Pero la han enfermado. Y no a partir de Chernóbil sino desde mucho antes, porque la explosión nuclear del 26 de abril de 1986 solo fue el punto final: lo que sigue de ahí, si se repite, es el vacío. Y la Biblia tendría razón al decir que en el principio era el tohú y el vohu (el caos y la nada), pues todo principio nace de un final. Habla la tierra y se queja. Y la voz no proviene del suelo, sino de los que están ligados a ella, de esos que la acariciaron en la siembra y la besaron en la cosecha, de los que la navegaron por el río y se amaron entre los juncales. Y esa tierra que aun contaminada tienen en las uñas, habla a través de ellos. Sus voces creen, lloran, se ofuscan, preguntan, responden de alguna manera, escupen palabras. Pero no son las voces de las gargantas de los que están ahí (no se podría decir sobrevivientes, sino gente que espera morir sin sufrir mucho), sino las de la tierra que habla a través de ellos. Una voz en cientos de voces, en monólogos y coros, en conversaciones donde nadie se mira. Y esas voces, las últimas de la tierra, las escribe Svetlana Alexievich. Y ya nadie las podrá detener: es que ya todo está dicho.

Voces objetivas y radioactivas

El reto de la objetividad es dejar que los hechos hablen por sí solos, sin direcciones ni artimañas y así esperar la respuesta (la voz) sorprendente, la confrontación con lo que el periodista piensa y de esta manera logra aprender a verse en el otro y hablar desde él con las palabras de él y en la situación de él. Y si bien se cuestiona la objetividad diciendo que el solo hecho de escoger la pregunta ya subjetiviza la respuesta, lo objetivo permanece en la escritura de Svetlana Alexievich. Su única pregunta, la que da pie a cientos de voces, es una. ¿Qué nos pasó? Porque ella está en el asunto que narra, no llegó a ver qué pasaba, sino que le pasó a ella misma. Y en eso que le pasó y carga con ella no quiso escuchar solo su voz, sino las de los demás y lo demás (la tierra y su contenido). Así que no influye en las respuestas, sino que arma las voces, meticulosamente, como si rearmara la destrucción causada. Y en esta estructura, se entera del *qué nos pasó*. Y no se asusta, porque ya pasó, sino que escribe lo que las voces le dicen. Y al escribir crea una memoria que no varía, que es la que da cuenta de los últimos días de la tierra, de una tierra que ya no se puede mentir así se hable de logros económicos, de imposiciones políticas, de alegrías carnalescas y de salidas al espacio. Luego de Chernóbil, la tierra ya no es la misma:

está enferma. Y nosotros sobre ella, más enfermos que siempre. Y si bien esto molesta a los que viven del *coaching* y de los cursos de crecimiento personal, a los que siguen leyendo índices de gestión y los que trabajan en la línea del robot, la certeza de lo que nos hemos hecho no se cubre con nada. Es objetiva y está contaminada. Está en las voces y buscar por fuera de ellas sería llevar las voces hasta allá. Como en las novelas de Patrick Modiano, huimos de nosotros mismos cargando con eso de lo que huimos, que es nuestra propia contaminación. Recuerdo una frase de un poema de Constantino Kavafis: cuando un hombre destruye una ciudad y se va a otra, esa ciudad a la que llega ya también estará destruida.

Svetlana Alexievich está, ve y oye. Lo demás, compartir y pensar, lo deja al lector. De esta manera evade parte de la teoría de Kapuscinski. Su estilo es transcribir lo que oye, dejar a un lado lo que ve y solamente, en la transcripción de la voz, dar por entendido que estuvo ahí, con la voz.

Y su voz crea una opinión: *que no se diga que no sucederá. Ya sucedió.* Y en que en las voces (lo escuchado no más), todo habla. En el capítulo de los *Tres monólogos acerca de los despojos hablantes y la tierra parlante*, la enseñanza es clara: ya todo está visto. Lo que no sabemos son las palabras, pero mientras hablamos las vamos a encontrar y serán las más simples, las que ya no permiten ningún disfraz. Y esas palabras se encontraron y se dijeron. Svetlana Alexievich se gastó veinte años en ordenar las voces.

Tres años después de sufrir lo de Chernóbil cae el muro de Berlín, cae la Unión Soviética, y ahora caemos el resto. Quizá se salven los que oigan las voces y crean en ellas. Aunque se salvarán con mucha costra encima.

Voz que concluye

Le estoy demostrando que lo sucedido en Chernóbil no es la ciencia sino el hombre. No es el reactor sino el hombre.

Svetlana Alexievich. Monólogo acerca de que hace mucho que bajamos del árbol y no inventamos nada para que este se convirtiera enseguida en una rueda. *Voces de Chernóbil.*